

Mercedes González de la Rocha y Agustín Escobar Latapí (eds.), *Social Responses to Mexico's Economic Crisis of the 1980s*. San Diego, Center for US-Mexican Studies-University of California, 1991 (US-Mexico Contemporary Perspective Series, I), 244 págs.

Por Joseph Hodara*

OTRA obra más -o mejor, compilación de ensayos- que pretende identificar y explicar las consecuencias sociales (salud, empleo, alimentación, niveles de pobreza, vivienda, reconfiguración de la familia, estrategias de sobrevivencia) de los reajustes, embrollos e inestabilidades que caracterizaron a la conducta económica mexicana en los ochenta. Pero en contraste con análisis monográficos cuyo valor reside en los pormenores, en la evidencia aislada aunque decidora, se tiene aquí una visión de conjunto que vincula datos y tendencias. Al menos éste es el propósito declarado de los compiladores. Parcialmente lo cristalizan, acaso porque están abriendo surco en un género de indagaciones indispen-

sables. Tal vez la debilidad fundamental del texto resida en la indefinición -o en las contradictorias semblanzas- del vocablo clave "crisis económica".

En la introducción, González de la Rocha y Escobar Latapí hacen un repaso de algunos de sus componentes: descalabro de las finanzas públicas, deuda externa, límites de la "petroindustrialización" de López Portillo, descenso abrupto del gasto social. Pero ni son todos, ni los propuestos se jerarquizan conforme a criterios útiles para explicar el pronunciado deterioro de la sociedad mexicana durante esta década. Sin embargo, los compiladores aciertan en indicar que es un enigma la ausencia de importantes disturbios sociales en el curso de este incierto periodo, en respuesta comprensible a la escalada de desajustes económicos. Como si la pasividad de las mayorías mexicanas golpeadas por la crisis fuera infinita. O tal vez supieron fraguar mecanismos de sobrevivencia y de tolerancia que superan la imaginación sociológica convencional.

Rolando Cordera y González Tiburcio abordan el ya clásico tema del agotamiento del modelo de sustituciones; constituiría la macrovariable de la crisis. Según estos autores, el reemplazo crecientemente limitado de

***Joseph Hodara**. Investigador de El Colegio de la Frontera Norte y profesor asociado de la Universidad Bar Han, Israel. Se le puede enviar correspondencia a: Blvd. Abelardo L. Rodríguez, núm. 21, Zona del Río, Tijuana, Baja California. Tels. 300411, 300412, 300413 y 300418.

las importaciones habría resultado en una ruptura del pacto entre sector público y privado; este hecho acentuó a su turno el descalabro económico. Así, se abrieron paso nuevos arreglos y componendas sustentados en una liberalización excesivamente acelerada del comercio.

En consecuencia, ni las costosas importaciones se redujeron ni se enmendó la inquietante desindustrialización. Los autores insinúan que la modernización económica - profesada y argumentada por la administración del presidente Salinas- fue más una elección desesperada que un cuidadoso cambio de rumbo. Insinuación, ciertamente, que merece estudio más amplio.

En cualquier caso, el deterioro industrial y los inicios de la apertura comercial habrían acentuado la pobreza crítica del país.² La deuda social se tornó impagable. Educación, salud, empleo, nutrición, desarrollo regional: estos rubros experimentaron abruptas reducciones y distorsiones. En términos nacionales, el entorno económico enclavado en la zona metropolitana de la Ciudad de México continuó animando el ciclo interno de la actividad; en consecuencia, los frutos del crecimiento tendieron a concentrarse en esta geografía. Pero no sólo los frutos: también las dificultades. Esta zona es la caja de resonancia de todas las angustias nacionales; claro está, cabe hoy preguntar si su descalabro ecológico le permitirá seguir desempeñando este papel secular.

Después de pasar revista a diferentes escenarios “de lo que vendrá” en los noventa, Cordera y Tiburcio concluyen que cualquier estrategia futura deberá colocar al bienestar social muy alto en la agenda política pública; además, la estructura productiva demanda una recomposición considerando las necesidades de los segmentos desfavorecidos; y en fin, el país debe atender los efectos de la “globalización” a fin de no segregarse de los eslabonamientos tecnoproductivos mundiales.

Cabe preguntar en qué medida estas conclusiones son mutuamente complementarias o rivales, y cómo una estructura gubernamental fragmentada pudo y puede materializarlas en políticas efectivas. Los autores reclaman planificación y apertura comercial al mismo tiempo; y también unir la “concertación” con la competitividad. ¿Tratase de una recomendación viable y realista, o de una variación litúrgica del “justo medio” que a nadie irrita ni entusiasma? El lector deberá juzgar.

El aporte de Carlos Tello es desafortunado. Tiene este analista mejores trabajos. Es probable que los compiladores fueron guiados más

1 Ibídem., pág. 55.

por la necesidad editorial de incluir su nombre que por la sustancia de su breve ensayo. Quien conozca las obras de Tello no encontrará nada nuevo en esta pieza.

De mayor utilidad es el texto de González Block. Aunque brinca y confunde periodos administrativos y ciclos institucionales, este aporte hace justo hincapié en el “programa de descentralización” seguido por los servicios de salud pública. Descentralización forzada más por la áspera realidad que por la lúcida ideología, que tomó impulso desde 1983. Cinco años más tarde se extendió a doce estados; los rezagos en la instrumentalización fueron considerables. González Block postula que la descentralización entrañó “devolución” (o tal vez mejor: concesión) de poder a los estados, además de ampliación de los márgenes de libertad presupuestal.² Pero el proceso se truncó en algún momento hacia finales de la década. El autor estima que las rivalidades entre el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) y la Secretaría de Salud (SS) estropearon la descentralización efectiva. El cotejo empírico entre Guerrero y Oaxaca le permite sustentar -hipótesis aventurada y sugerente que las políticas de salud se acoplaron al macroproyecto de “modernización vía apertura comercial”, de suerte que las áreas más aptas para atraer las divisas codiciadas por el país fueron favorecidas por mayores inversiones en salud. Así se habrían creado círculos virtuosos en una región y perpetuados los perversos en otras.

Escobar Latapí y Bryan Roberts examinan el difícil tema de la reestratificación de la sociedad mexicana como resultado tanto de las pautas de industrialización como de la crisis. Resultado previsible: el ascenso de una “nueva” clase media.³

Es decir, una clase que se nutre del ingreso por servicios calificados y que se recluta, primordialmente, en las instituciones privadas de educación superior. No es claro en qué medida esta “nueva” clase difiere de la “añeja”. En cualquier caso los autores piensan que estos estratos se beneficiaron de la expansión desmesurada de los servicios gubernamentales y de la debilidad efectiva de la clase trabajadora, exceptuando a los obreros sindicalizados y organizados que poseen recursos de presión grupal. Latapí y Bryan sugieren que los sectores medios fueron reiteradamente decepcionados por la crisis económica y que, por lo tanto, no constituyen actores infalibles de la democratización. Ni

2 *Ibidem.*, págs. 76 y 77.

3 *Ibidem.*, pág. 94.

tampoco -es importante- de regímenes autoritarios: están excesivamente fragmentados, escindidos. La movilidad ascendente habría sido cortada de un tajo durante la década; en contras te, se ha elevado la participación femenina en la fuerza laboral y el prestigio de los “empresarios del sector informal”. Señalamiento acertado que podría significar la necesidad de injertar nuevos criterios en el examen del reacomodamiento de clases y grupos a causa de la prolongada crisis.

Los trabajos de González de la Rocha y de Merilee Grindle desencantan. Tratan asuntos importantes: nutrición y pobreza rural, pero ofrecen pocas luces. Tal vez la ausencia de suficientes datos empíricos conjuró las buenas intenciones de los autores. En tal caso debieron probarla y, en particular en el caso de Grindle, abstenerse de títulos ambiciosos.

La contribución de Wayne Cornelius se distancia de los límites temporales de esta compilación y, probablemente, del tema mismo. Su preocupación no es la crisis y los múltiples efectos que trae consigo, sino los cambios ocurridos en los flujos migratorios desde México hasta Estados Unidos. Su principal hipótesis: la migración es hoy un fenómeno heterogéneo; no caben ya ni estereotipos ni generalizaciones. El género, la calificación, los puntos de llegada, la situación legal: estas variables experimentan cambios radicales. El resultado lógico: los marcos conceptuales y los instrumentos para calibrar a la migración deben reformularse en correspondencia a esta complejidad. Según Cornelius, son determinantes de la nueva situación: las crisis recurrentes de México, los cambios en la demanda laboral norteamericana, la reforma migratoria (IRCA) de 1986, y la maduración de redes trasnacionales de migrantes que autoalimentan el desplazamiento. Con la movilización masiva de evidencias pertinentes, Cornelius muestra la plausibilidad de su hipótesis cardinal. Pero no se limita a cuadros descriptivos. La crisis de los ochenta habría inhibido a los migrantes a retomar a México favoreciendo su establecimiento urbano y de largo plazo en Estados Unidos. Por otra parte, el ingreso de recursos calificados a este país aumenta los costos de la emigración, circunstancia que llevaría a las autoridades mexicanas a regular, de su lado, los flujos migratorios. Por añadidura, mujeres y niños transitan a Estados Unidos con mayor frecuencia, fortaleciendo la aludida estabilización.

4 *Ibidem.*, pág. 109.

5 *Ibidem.*, pág. 157.

6 *Ibidem.*, pág. 181.

Juzgo que Cornelius peca de excesiva racionalidad, puesto que ni la intervención moderadora de México es previsible (todo tiempo que su crecimiento no es intensivo en rápida capitalización del recurso humano) ni la recepción benevolente de los migrantes mexicanos es segura. Por el contrario, conductas irracionales (desde el descuido acentuado a la calificación laboral -en México como en Estados Unidos- a pesar de las nuevas coyunturas de los noventa hasta las reacciones racistas y hostiles) son visibles en el área interfronteriza. El artículo de Langer, Lozano y Bobadilla es de estofa menor. La falta de datos conspiró sin duda contra sus autores. Por lo demás, es muy difícil vincular un fenómeno como la mortalidad de mujeres y niños con la “crisis” en general, a menos que se pormenoricen las variables intermedias. Las hipótesis propuestas en este ensayo deben ser nuevamente recogidas y reformuladas en un cuadro conceptual algo más ambicioso. Por otra parte, el ensayo de Alan Gilbert es más ideológico que empírico; no conviene al espíritu general de la obra, que pone acento en estudios cuidadosamente fundamentados.

A falta de una introducción conceptualmente rica, Mercedes González de la Rocha y Agustín Escobar Latapí debieron rematar esta compilación con una coda inspiradora, sintética y sistémica. No la compusieron. El libro reseñado languidece en sus últimas páginas; el lector habría deseado algo más que un sumarlo de hallazgos: la propuesta de una agenda de investigación.